

LA PRODUCCIÓN AGRARIA DEL RÍO DE LA PLATA COLONIAL Y LAS RELACIONES CON EL MERCADO URBANO. UNA RECORRIDA POR EL DEBATE ACTUAL.

Guido P. Galafassi

Docente e Investigador de la Universidad Nacional de Quilmes y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina.

Introducción

La menor producción historiográfica sobre el Río de La Plata Colonial respecto a otras áreas latinoamericanas (Perú, México) no implica una ausencia de problemas en discusión sobre su conformación y evolución posterior. A diferencia de esas otras regiones, el Río de La Plata observa un desarrollo tardío dada su falta de minerales que atrajera población e inversiones en forma masiva. A pesar de esto, la exportación de cueros, producto característico de las pampas por la época colonial, generó la expansión del campo así como la producción para abastecer Buenos Aires y Montevideo, junto a otros pueblos más pequeños.

La estancia es el arquetipo histórico de la producción rural en nuestro país, y como tal construye su imagen en los estudios y en la conciencia en general como la gran propiedad sobre la cual no cabía duda alguna. Pero esta certeza que definió una versión estereotipada se sustentó en pocas investigaciones, por lo cual contó con escasa verificación empírica.

Así, según la opinión de una relativamente importante cantidad de trabajos de investigación realizados en las últimas décadas se plantean fuertes discusiones y críticas a los conceptos tradicionales respecto a la producción agropecuaria del Río de La Plata colonial.

La preocupación por la dinámica del mercado interior unido a una tendencia creciente hacia el enfoque regional que reivindica el descubrimiento de los procesos de mercantilización y la primacía del capital comercial, permitieron estudiar más profundamente la diversidad de situaciones de producción y tipos de productores agrarios. El latifundio dejó de ser la estructura enteramente domi-

nante y se revalorizaron situaciones y regiones en donde la pequeña y mediana producción adquiría importancia relevante. Este nuevo abanico abre la posibilidad de preguntarse por las relaciones entre la ciudad y el campo y los procesos de producción y consumo, justamente sustentados por los enfoques que revitalizan el abordaje del mercado interior.

El presente trabajo intenta rastrear y sintetizar el debate actual sobre la conformación del agro colonial rioplatense, en donde a partir de la crítica a posiciones tradicionales avalando un espacio predominantemente ganadero bajo el régimen de gran estancia, surgen autores revisionistas a partir del estudio de unidades productivas y regiones. La pregunta fundamental que finalmente orientará el análisis se basa justamente en las relaciones ciudad-campo, respecto a la articulación que se produce entre la producción agropecuaria rioplatense y el mercado urbano.

La posición tradicional

La opinión prevaleciente durante más de un siglo respecto a la campaña rioplatense tiene su exponente extremo, en cuanto a una visión peyorativa, en Sarmiento al referirse a la misma en su conocida obra "Facundo. Civilización y barbarie". La oposición campo-ciudad es notable asumiendo el primero los atributos del atraso y representando la segunda el progreso y la civilización. El campo argentino representaba ausencia del estímulo y el ejemplo, ya que el aislamiento y la soledad impide toda manifestación de dignidad presente en la ciudad. Además, "las privaciones indispensables justifica la pereza natural, y la frugalidad en los goces trae enseguida todas las exterioridades de la barbarie" (Sarmiento, 1988:31). Esta sociedad esencialmente pastora y asentada sobre la gran extensión de tierra implicaba muy poco esfuerzo, primando el ocio y el trabajo escaso. El gaucho, poblador típico, es visto como una extensión de la naturaleza salvaje, privado de todo don civilizador. Es fuerte, altivo y enérgico, gracias a que la vida en el campo permite desarrollar las cualidades físicas. Pero al mismo tiempo está privado de las cualidades de la inteligencia debido a su falta de instrucción, que por otro lado, según Sarmiento, sería innecesario para la vida que lleva. El gaucho no trabaja, vive a merced de lo que la reproducción espontánea del ganado le brinda, siendo feliz en medio de su pobreza y privaciones, relativizadas por la falta de perspectiva e intento por mejorar, según los patrones culturales europeos de civilización urbana.

Esta imagen, por cierto esquemática de la campaña rioplatense durante el último siglo anterior a la independencia, es retomada por intelectuales e historiadores posteriores, que con variantes asumían esta caracterización como un supuesto válido. Así, Di Stefano (1991) menciona, entre otros, a Ascasubi, Fidel López, Bartolomé Mitre, Berro, Molinari, Álvarez, Coni, Levene y Weimberg, como a los continuadores, con ciertas excepciones parciales, de esta postura.

Ascasubi (1872) vuelve a remarcar el disfrute que hacían del ocio los pobladores de la colonia, que pasan gran parte de su tiempo contándose historias.

Vicente Fidel López (1881) adopta esta misma visión que es criticada parcialmente por Bartolomé Mitre (1882). Mariano Berro (1914) es el primer estudioso contemporáneo que dedica sus esfuerzos a rescatar la presencia de la actividad agrícola, diversa en productores y productos. Molinari (1914) y Álvarez (1914), si bien no desconocen la agricultura, vuelven a poner el énfasis en la actividad ganadera.

Posteriormente, es interesante resaltar el trabajo de Coni (1935) quien ubica la actividad del gaucho en un sector de La Pampa, aportando argumentos documentales al estudio de este sujeto social. Redimensiona la importancia de la actividad ganadera, reconociendo que se ha exagerado mucho en el stock de ganado vacuno del litoral, aunque le otorga al mismo tiempo un papel absolutamente subordinado a la agricultura, que se trataría de una actividad netamente suburbana.

Levene (1926) rescata nuevamente la presencia de la agricultura, aunque la relega a una actividad minimizada, repitiendo la visión tradicional respecto a la ganadería. El último autor mencionado por Di Stefano, es Felix Weimberg (1956) quien trata la cuestión de la agricultura renovando la discusión a partir del aporte de fuentes no consultadas hasta ese momento. Incluso comienza a vislumbrar la existencia de un sector campesino dedicado a la producción agrícola. Esta posición permanece solitaria hasta los últimos años que se abre el debate sobre la cuestión.

Para la Argentina, como para el resto de América Latina, la historia agraria colonial había centrado sus estudios en el régimen de tenencia de la tierra, "y más que una historia agraria había sido una historia institucional de temas relacionados con la vida agraria" (Fradkin, 1993:15).

Hasta el momento, en la Argentina, los ensayos en historia agraria con escasa investigación en fuentes documentales constituían la característica fundamental de la historiografía. La "Historia económica de la ganadería argentina" de Giberti (1974) integraba sin duda esta línea, continuando la tradición secular de otorgar a la actividad pastoril el eje dominante de la economía pampeana. Como ingeniero agrónomo aportó todo su conocimiento empírico del campo que sustituía en buena parte el trabajo más específico del historiador. Esta obra, "se constituyó en el núcleo de una imagen histórica que brindó una periodización del desarrollo agrario y un concepto de la estancia colonial que, en buena medida, no pudo evitar pagar tributo a la escasez de estudios previos, pero sus páginas más sugerentes eran aquellas en las que el olfato del conocedor del campo aventajaba a los historiadores más duchos en el manejo de documentos, pero menos familiarizados con los aspectos concretos de su objeto de estudio" (Fradkin, 1993:16).

La noción de un predominio excluyente de la estancia latifundista colonial, como consecuencia del sistema institucional de acceso y tenencia de la tierra, se cristalizó en una opinión dominante en la historiografía pampeana.

Así, la figura del gaucho y la actividad ganadera eran consagradas como objetos de estudio primordiales. En este contexto surge la obra de Montoya

(1956-1984) sobre la historia del saladero y sus posteriores trabajos sobre la ganadería colonial.

Pero a mediados de la década de los 70 aparece un importante trabajo de Tulio Halperín Donghi (1975) que constituye el primer estudio de un establecimiento productivo, que implica romper con la larga tradición de trabajos basados en datos poco estrictos, para comenzar una tarea de intensa búsqueda de información empírica sobre casos concretos. Aquí la estancia colonial es ubicada en estrecha interdependencia con la economía exportadora. El gran boom exportador redimensionó su rol, que ya había adquirido sus rasgos fundamentales como unidad especializada en producción primaria con anterioridad, y acrecentó su inserción en el sector más dinámico de la economía colonial renovada, facilitado por los altos lucros obtenibles en esta rama de actividades.

El debate actual

Esta imagen de ganadería dominante, en donde el gaucho como sujeto social ocupaba un rol importante en las reflexiones históricas, comienza a resquebrajarse en las últimas décadas, con interesantes estudios en base a las fuentes documentales de la colonia rioplatense. Es decir, que la discusión comienza a plantearse alrededor de dos ejes claves: la relación entre ganadería y agricultura y las características sociales y culturales de los trabajadores rurales.

Juan Carlos Garavaglia se constituyó en uno de los más férreos críticos de la posición tradicional, y su visión queda claramente demostrada en la siguiente cita: "La insistencia de algunos autores en hablarnos de una civilización del cuero, ha dejado en sombra, salvo honrosas excepciones¹ a todos esos hombres y mujeres que hacían posible la riqueza cerealera de la campaña. Estos, en su mayoría arrendatarios en campos ajenos, no son otra cosa que campesinos ... aún cuando esto suena raro, si de Buenos Aires se trata" (1987:42).

Con el estudio de este autor, "Crecimiento económico y diferenciaciones regionales: el Río de La Plata a fines del siglo XVIII", la "civilización del cuero" de la campaña bonaerense adquiere claramente un nuevo rostro y cobran mayor importancia otras regiones del país en la producción de ganado. Basado en fuentes documentales primarias, es decir series decimales que obtuvo de todas las regiones en diversos períodos, mostró un panorama bien diferente para el litoral en general, y el Río de La Plata en particular.

Este autor realiza un análisis profundo de la evolución diferenciada de la masa decimal, de sus cambios internos, posibilitándole una evaluación más ajustada del verdadero papel del crecimiento del stock ganadero en esos años.

En las cuatro áreas analizadas (Buenos Aires, Montevideo, Santa Fe y Corrientes) el crecimiento es notable, pero de manera diferencial por períodos y

1. El autor se refiere al trabajo de Felix Weimberg (1956) y el libro colectivo de Lucia Sala de Tournon, et al (1968).

por área. Buenos Aires duplica, aproximadamente la masa decimal de Montevideo, es entre 3 y 5 veces mayor que la de Santa Fe y entre 5 y 10 veces lo obtenido para Corrientes.

Pero sin duda lo más interesante de este trabajo de Garavaglia es como se distribuye la masa decimal entre granos, ganados y productos de huerto de acuerdo con cada una de estas regiones.

Así para el período 1782/1786 la composición de la masa decimal es:

	Granos	Ganados	Huertas
Buenos Aires	79%	14%	7%
Montevideo	78%	12%	10%
Colonia, Vivoras, Soriano	76%	16%	8%
Santa Fe	23%	66%	11%
Corrientes	17%	83%	—

Lo interesante de estas cifras es la notable diferencia entre granos y ganados y entre regiones. Mientras en Buenos Aires y la Banda Oriental predomina ampliamente la masa decimal proveniente de los granos, en el litoral es a la inversa, siendo el ganado el más importante. En ambos casos el porcentaje de las huertas es pequeño ². Es decir que hay una clara separación entre las campañas de las zonas primeramente colonizadas como Buenos Aires y Montevideo y la nueva frontera litoral. Esta información chocaría bruscamente con las posiciones enumeradas anteriormente respecto a la predominancia del ganado en el Río de La Plata.

Pero Garavaglia aporta otros argumentos a favor de la potencialidad triguera de la campaña bonaerense que gira alrededor de los altos rendimientos en la producción y la baja densidad de población y presencia in extenso de nuevas tierras a ocupar, lo que permitía la posibilidad de ampliar "casi indefinidamente" la frontera incorporando nuevos espacios de producción. Este "indefinidamente" tiene sentido para el momento en el cual de las 67 millones de hectáreas con que contará la región pampeana un siglo más tarde, en ese momento solo se producía en un espacio de 30 leguas de profundidad por 150 leguas de largo ³. Además, para el autor, existe otro hecho muy simple y auspicioso para los cultivos, y es que "cada porción de tierra nuevamente incorporada en la expansión de la frontera en el Río de La Plata es tierra absolutamente virgen..." (op. cit.: 39).

2. Al agrupar los datos en una región única, y dado que Buenos Aires y Montevideo constituyen las cabeceras decimales de mayor peso, el valor de los granos domina ampliamente sobre el ganado: 67% en granos, 26% para el ganado y solo 7% para el producto de las huertas y quintas de las ciudades y sus campañas inmediatas.

3. Esto marcaba una diferencia fundamental con otras realidades agrícolas como es el caso de México en donde la ampliación del área de sembradíos implicaba altas inversiones en obras de regadío, lo cual no la hace comparable con la facilidad relativa que tenía en el Río de La Plata la expansión de la frontera.

Respecto a la productividad agrícola, Garavaglia parte de criticar las cifras propuestas por Félix de Azara (1969), quien dice en sus "Viajes...", "el trigo produce una media anual de 16 (por 1) en Buenos Aires" para fines del siglo XVIII. Este valor es considerado excesivamente bajo si se lo compara con otras fuentes, pero guarda su coherencia, si se lo relaciona con la íntima convicción que tenía el español respecto a la supremacía de la ganadería por sobre la agricultura en la región. Los datos obtenidos en otras fuentes, medidos en término de cosecha por unidad de semilla, van desde los 30/35 por 1, citados por los "Acuerdos del Cabildo" (1786) y José Trapani (1831), hasta una relación de 70 por 1 en la cita de Francisco Millau (1772). Valores intermedios son los de José Cardiel (1731) de 50 por 1 y Alexander Gillespie (1807) de 56 por 1. Además Garavaglia resalta el alto rendimiento de las tierras del Río de La Plata comparándolo con los valores europeos, los que oscilan entre 5 y 17 unidades de cosecha por unidad de semilla.

Para terminar con este análisis, el autor evalúa la composición de la masa decimal en el período 1798/1802, cuyos valores son los siguientes 4:

	Granos	Ganados	Huertas
Buenos Aires	70%	25%	5%
Montevideo	72%	24%	4%
Colonia, Vivoras, Soriano	34%	66%	—
Santa Fe	11%	83%	6%
Corrientes	51%	49%	—
Entre Ríos	28%	72%	—

Claramente se verifica, según el análisis de Garavaglia, que los granos siguen predominando en las campañas de las principales áreas urbanas, si bien han retrocedido un poco respecto al período anterior, pero el ganado ha crecido ampliamente en Santa Fe y Colonia y sus alrededores.

Tomando toda la región, se observa un avance del ganado sobre los granos comparando los dos períodos, pero los granos continúan dominando en la región. Muy lentamente, y consolidándose hacia fines del siglo XVIII, los ganados tienen un aumento muy sensible, a pesar de que todavía sufran altibajos.

La visión de una pampa que no se limitaba a la sumatoria del ganado y del gaucho, pero con una ocupación y un desarrollo incipientes hacia el siglo XVIII la encontramos también en Carlos Mayo. En este último sentido marca claramente la diferencia con la pampa productiva del siglo XX. " Aquella pampa no era esta. Más seca, más silvestre y con una fauna más rica que la actual, con

4. A pesar de la baja de los precios (información que obtiene del trabajo de Lyman Johnson, 1982), y dado que es una época mala para el comercio Atlántico, se supone que el comportamiento de los precios tanto del trigo, como de los cueros y la carne fueron similares. Por lo tanto el aumento en la masa decimal de ganados para Buenos Aires, representaría realmente un aumento en la producción.

un contraste acaso más marcado entre las estaciones y ocupada hasta el Salado por los indios, estaba, hacia 1740, muy poco poblada” (Mayo, 1995:28).

Mayo reconoce el vuelco en la imagen de la campaña bonaerense que se generó a partir del análisis de los diezmos, en donde se invierte la carga, y la ganadería ya no es la actividad excluyente, asumiendo la actividad agrícola una mayor importancia. Esta revalorización de la agricultura, se señala, tiene como antecedente el planteo al pasar de Enrique Barba (1966), hace ya más de tres décadas.

Pero el interés de Mayo radica en determinar cual era el peso social de la ganadería y de los estancieros en la sociedad rural y su respuesta es tajante: la importancia y el predominio de la ganadería y los estancieros sobre el sector agrícola es innegable. Desde la mayor rentabilidad de la ganadería que permitía un más alto nivel de capitalización y acumulación de riqueza por parte de los hacendados, se construía una mayor influencia de estos en la estructura de poder colonial, que lo que podían acceder los labradores. Definidos estos como pequeños agricultores que sembraban entre dos y diez fanegas por año. La dominación de los hacendados, se palpaba según Mayo, en cada uno de los pagos de la campaña bonaerense. Eran los convocados a desempeñar los cargos de alcalde, a ocupar las comandancias de los fuertes fronterizos, e hicieron intentos por organizarse corporativamente en un gremio propio, aunque no llegaron a consolidarlo y estabilizarlo. Tenían además más esclavos que los labradores. Para esto aporta cifras que rondan el 70% de los esclavos en poder de los hacendados para San Vicente, Chascomús y San Nicolás. Pero, aclara Mayo, “nada de esto debe hacernos creer que, como se sostenía hasta hace poco, los hacendados fueran un grupo de gran poder en la sociedad rioplatense, lo que decimos, simplemente, es que su peso social y económico en la campaña era mayor que el de los labradores” (op. cit.: 31).

Respecto al territorio ocupado, y basándose en un trabajo de Amaral y Ghio (1990), la actividad ganadera ocupaba hacia fines del siglo XVIII, el 87% de las 3.334.500 hectáreas que algunos observadores asignaban a la superficie puesta en producción entre el Salado, el Arroyo del Medio, el Paraná y el Río de La Plata. O sea que mientras la ganadería ocupaba aproximadamente 2.892.791 hectáreas, la agricultura se desarrollaba sobre una superficie que oscilaba entre las 7.765 y las 15.000 hectáreas, según Amaral y Ghio. Pero, si comparamos otros valores, como producto anual, capital invertido y mano de obra, si bien la ganadería continúa dando guarismos más elevados, la proporción se modifica en forma importante. Así, y siguiendo a los mismos autores, para 1792, mientras el producto anual de la ganadería ascendía a 144.000 pesos, la agricultura contribuía con una cifra nada despreciable, pues llegaba a los 100.000 pesos. Para el capital invertido en vacuno en relación al capital invertido en semillas, las proporciones guardan un diseño similar. Es decir, que desde este ángulo del análisis la agricultura crece ostensiblemente.

En el debate respecto a la importancia de la agricultura y la ganadería en la colonia rioplatense, también interviene Zacharías Moutoukías (1995), quien

sostiene su adhesión a la posición tradicional de predominio de la actividad ganadera. Para esto, explica de que manera un alto valor en la recaudación de los diezmos no tiene consecuencia directa a mayor valor de producción y viceversa: "en efecto, los bajos valores de inventario de la reproducción anual de ganado, que a su vez se traducen en bajos valores en la respectiva recaudación de la quatropea, son coherentes con las condiciones de producción descritas por Azara. Pues sería precisamente el éxito de la ganadería el que aseguraría las condiciones de oferta abundante que explican los bajos valores relativos. En cambio, una agricultura relativamente estancada respecto de la demanda y precios administrados explicarían los altos valores del sector en la recaudación decimal".

Además, también se debería considerar, para afirmar la mayor o menor importancia de un sector, su participación en la formación del producto anual o de los ingresos totales. Así, por ejemplo existían diferencias entre el precio de los animales sobre los que se efectuaba la recaudación y los que se vendían en el abasto urbano. Pero si además se consideran las exportaciones, compuestas casi exclusivamente por cueros, se concluye fácilmente que los ingresos provenientes de la agricultura no pueden superar a los del ganado ⁵

En síntesis, mientras anteriormente la ganadería no era discutida, hoy en día se plantea un rico debate, que excede largamente estas citas, respecto a la configuración productiva de la campaña bonaerense en la colonia.

En un trabajo anterior, Samuel Amaral (1987) discute el otro tópico importante de lo que se definió como el debate actual: el trabajo y los trabajadores rurales. Plantea la problemática a partir de la dicotomía entre la oferta y la demanda de trabajo. Amparadas en la primera visión se encontraban las imágenes del gaucho como un simple peón, vago y malentretido. Así, Mayo, según Amaral, presentaba a los habitantes de la pampa trabajando ocasionalmente para obtener metálico para sus vicios, retrayéndose luego a una economía de subsistencia⁶. Explicaba el conchabo ocasional, como movido exclusivamente por la obligación de satisfacer las necesidades básicas de alimentación en el sector subsistencia, lo que estaba asociado a una mentalidad "poco calvinista" que los impulsaba a trabajar solamente en procura del metálico necesario para satisfacer sus mínimos requerimientos básicos. Este concepto de "mentalidad poco calvinista" es criticado por Amaral, quien apunta a poner el énfasis en las características mismas que asume el trabajo rural, de escasez e inestabilidad de la mano de obra en las sociedades preindustriales. Es que en este esquema, Mayo no incorpora a "su explicación la estacionalidad de la demanda y la utilización combinada de mano de obra temporaria y permanente, libre y forzada, ni ha ubicado a la mano de obra en el proceso de producción, en

5. Este autor aporta cifras respecto a las exportaciones de cuero. Representaron el 93,5% del valor total, sobre los productos locales exportados entre 1779 y 1796.

6. Amaral se refiere a lo escrito por Carlos Mayo en "Estancia y peonaje en la región pampeana en la segunda mitad del siglo XVIII".

tanto precios, salarios y productividad del trabajo" (Amaral, 1987). A partir de aquí, Amaral ofrecerá un modelo de trabajo en la campaña bonaerense de fines del siglo XVIII basado en estudios preliminares y en el análisis de la contabilidad de una estancia del pago de la Magdalena (cfr. Amaral, 1987b).

Para esto comienza dando algunas cifras de la campaña de Buenos Aires en la última década del siglo XVIII. Alrededor de 19.000 habitantes se distribuían en una extensión aproximada de 1.200 leguas cuadradas, que equivalen a 3.240.000 ha. Una minoría eran terratenientes y otra minoría comerciantes (pulperos o mercachifles). La enorme mayoría eran trabajadores libres, sin ningún vínculo que los atara a la tierra o algún señor. Obtenían su sustento a partir del conchabo ocasional en chacras y estancias, realizando también tareas agrícolas o ganadera por cuenta propia. Para esto último tenían dos posibilidades. Ocupar tierras realengas, que les daba como ventaja el poder eludir el control de hacendados, capataces y recaudadores de impuestos, pero quedaban a merced de la inseguridad propia de estos parajes tan cercanos a la frontera con los indios. O bien, agregarse en tierras ajenas, accediendo a una porción de tierra conjuntamente con la seguridad brindada por el hacendado. Así, podían producir para su propia subsistencia como también obtener productos para ser colocados en el mercado. Pero, de hecho, también se registraba la incursión ilegal en haciendas vecinas, hurtando cuero y carne. Por el lado del hacendado, se producía una doble relación, ya que estas actividades los perjudicaban obviamente, pero la permanencia de agregados en sus tierras les garantizaba el suministro de mano de obra estacional. "Agregados y hacendados se necesitaban mutuamente. Los agregados obtenían de los hacendados derechos de permanencia, labranza y pastoreo y se atribuían el de incursionar en los bienes ajenos. Los hacendados cedían de tal manera una pequeña extensión de tierra y, de buen o mal grado, algunas cabezas de ganado a cambio de disponer de mano de obra libre estacional sin cargar con su mantenimiento durante los baches estacionales" (op. cit.: 35).

Esta descripción de los sujetos de la campaña bonaerense y las relaciones entre ellos es lo que le da pie a Amaral para elaborar sus tesis respecto a la escasez e inestabilidad de la mano de obra, como característica inherente del trabajo rural en la colonia rioplatense. El rol dominante de la demanda de mano de obra estructura la explicación, partiendo justamente de aquí las críticas hacia otras interpretaciones que hacen eje en el comportamiento orientado exclusivamente a la subsistencia con fuerte impronta de vagancia de los trabajadores rurales de aquel momento. En palabras de Amaral: "Que en una estancia no trabajaran los mismos peones en un año y en el siguiente no era consecuencia de una mentalidad 'poco calvinista' o de una determinada 'actitud frente al trabajo' ni del atractivo ejercido por tierras libres sino de la estacionalidad de las tareas rurales (que producía baches interestacionales) y de la discontinuidad de la demanda de cada estancia dentro de la estación (que producía baches intraestacionales)" (op. cit.: 35).

La producción agraria rioplatense y el mercado urbano

Una vez tratadas brevemente algunas cuestiones centrales del debate actual sobre el ámbito agrario rioplatense en su especificidad de la producción y el trabajo, pasaré a analizar e integrar la más escasa información y producción científica respecto al tema de la articulación con el mercado urbano, lo que implica considerar la dinámica socioeconómica de la región en sus vinculaciones tanto internas como de mercado exterior. Es importante resaltar que este no ha sido todavía un eje central de discusión en la renovada historiografía sobre el Río de La Plata colonial. Por el contrario, las investigaciones se han concentrado mayoritariamente en explicar, conocer e interpretar las realidades parciales de la ciudad de Buenos Aires, la campaña y el mercado exterior, sin abundar los intentos profundos de integraciones de estos en una totalidad que los aglutina. Esto no quiere decir que no ha estado presente en los supuestos que subyacen a cada investigación parcial, sino por el contrario implica, que amparados en un marco general de articulación de procesos sociopolíticos y económicos, los esfuerzos históricos de la época de la colonia han favorecido últimamente el conocer más en detalle cada uno de estos ámbitos, sin ser las relaciones entre ellos un objeto de estudio específico sobre el cual se haya generado una línea o líneas de investigación. En tal sentido, en lo que sigue se intentará elaborar un modelo de las relaciones ciudad-campo en base a la interpretación de trabajos coyunturales.

Así, considero conveniente en primer término realizar un repaso del sistema colonial español en el Río de La Plata. Para esto y siguiendo a Ansaldi (1985) es útil comenzar a considerar desde el proceso de desintegración del espacio peruano a fines del siglo XVII y principios del XVIII que culmina junto a la intervención de elementos externos de doble tipo: 1) unos de origen metropolitano como la desmembración territorial y administrativa creando nuevos virreinos, de donde surge el del Río de La Plata; y la nueva reglamentación liberalizando el comercio exterior; y 2) con un origen ajeno a la metrópoli, como la expansión portuguesa y el auge del contrabando lusitano e inglés, junto al crecimiento de la actividad económica-comercial de Inglaterra, que inciden, a partir de su demanda, en el interior del nuevo virreinato al promover el crecimiento de ciertas producciones regionales como el cuero, el sebo y el tasajo del litoral rioplatense. La necesidad virreinal que se desprende de esto último, respecto a la defensa de las fronteras rioplatenses de la penetración portuguesa, estimulará a reforzar el proceso de orientación atlántica de las economías del interior. En este proceso, Buenos Aires se ve favorecida, ya que su designación como capital del nuevo virreinato en 1776, favorece su instalación como centro económico, administrativo y político en rápida expansión. El aumento demográfico de la ciudad, en donde la inmigración peninsular tuvo un peso importante, se reflejó en un crecimiento de los comerciantes y burócratas. Pero a pesar de todo, el Alto Perú mantiene su importancia económica y la proyecta sobre la nueva región. El 80% de las exportaciones del puerto de Buenos Aires lo constituyen la producción de plata del norte. Esta mayor jerarquía económica del

espacio peruano, favoreció sin embargo, la expansión y el crecimiento de Buenos Aires y su espacio rural rioplatense (periferia pobre del antiguo virreinato) gracias al renovado uso de la vía Atlántica como salida del metálico hacia la metrópoli. Como proceso inverso, pero igualmente favoreciendo a Buenos Aires, está el tránsito de mercancías hacia Potosí, que por una relación entre distancia y costo de transporte, comienza a utilizar al Río de La Plata como intermediario para abastecerse de sus insumos. Con el puerto de Buenos Aires todavía cerrado al libre comercio, el contrabando ocupa aquí un lugar clave en el comercio interregional.

La ciudad de Buenos Aires que fue sede de una gobernación desde 1617 y de un obispado desde 1620, vivió en un gran aislamiento hasta mediados del siglo XVIII. Sin operaciones legales en el puerto, sin recursos minerales próximos y con una muy escasa población indígena, la única producción, basada en una actividad fuertemente extractiva, que salía por el precario embarcadero del Riachuelo, eran cueros, cuernos y grasa del ganado vacuno y caballar que se reproducía casi libremente en la llanura.

La campaña de los alrededores de la ciudad de Buenos Aires estaba dividida en "pagos", antecedentes de los partidos modernos. A principios del siglo XVII se podían distinguir tres regiones no demasiado bien definidas: los pagos de Monte Grande y Las Conchas, al norte; el de La Matanza, al oeste y el de Magdalena, al sur. En esos años toda la zona estaba dedicada a actividades netamente extractivas, con Buenos Aires como centro de intermediación y único núcleo poblado. A principios del siglo XVII, la población de Buenos Aires no sobrepasaba el millar de habitantes mientras que la de Lima, por ejemplo, era 25 veces mayor" (Gutman et al, 1992).

Buenos Aires se conectaba con el interior a través de tres caminos. Uno de ellos, se dirigía hacia Córdoba, donde en 1622 se estableció una aduana seca, para, entre otras cosas controlar las importaciones que entraban de contrabando por el puerto de Buenos Aires. De Córdoba seguía un camino hacia el noroeste y el Alto Perú, pasando por Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Jujuy hasta llegar a Potosí y Sucre. Otro se desviaba después de Córdoba hacia el oeste, pasando por San Luis y Mendoza para llegar hasta Santiago de Chile. El tercer camino llegaba hasta Asunción pasando por Santa Fe y Corrientes.

La pequeña aldea que Buenos Aires todavía era en el siglo XVII, tenía en los hispano-criollos al grupo social de mayor jerarquía en la estructura social, vinculados de alguna manera a la organización administrativa, política y comercial de la metrópoli. El trabajo manual, muy escaso en esa Buenos Aires, era desarrollado por mulatos, muchos de ellos libres. Los indígenas estaban presentes en un muy pequeño número, y los negros constituían el segundo grupo, especialmente entre 1710 y 1740 en que los ingleses controlaban el comercio de esclavos en Hispanoamérica.

La población total llegaba en 1720 a los 8.900 habitantes aproximadamente y trepaba hasta los 22.000 habitantes en 1770. En este año la población de la ciudad aumentó en 589 habitantes, con una tasa de crecimiento anual de 2,79%.

El aumento surge de la diferencia entre los 1.520 nacimientos y las 931 muertes. Para el censo de 1778 la población ascendía a los 24.235 habitantes.

Para esa época el crecimiento de la ciudad se orientaba hacia el sur. El centro estaba organizado alrededor de la Plaza de Armas, donde se encontraba el Cabildo, la Catedral, el fuerte y en su vecindad se ubicaban los mejores comercios y las casas de los vecinos principales.

Esta área céntrica conformada por más de 100 cuadras estaba rodeada por más de 300 que se extendían hasta las quintas del suburbio con desigual grado de ocupación. Las quintas de los suburbios eran utilizadas como lugares de veraneo por las clases altas de la ciudad y para la producción de frutas y verduras. "...las quintas de las familias adineradas, como los Ortiz de Rosa, Rivadavia, Altolaguirre, Mancilla, Peña, Moreno, Merlo, Bustamante, Ugarte, Warnes, Zavala y otros...eran utilizados como lugares de veraneo por sus propietarios, que se trasladaban anualmente a ellas desde sus residencias permanentes ubicadas en la zona céntrica. Solo residían de manera permanente en las quintas los capataces, peones asalariados y esclavos" (Gutman et al, 1992).

En 1778 al dictarse el Reglamento de Libre Comercio, tomaron impulso una serie de actividades comerciales ligadas a la entrada y salida de mercancías por el puerto de Buenos Aires. La tradicional salida de carnes, grasa y cueros diversificaron sus mercados y comenzó también a transportarse plata desde el Alto Perú. Además, las mercancías que entraban al puerto de Buenos Aires, provenientes principalmente de España y otras naciones europeas eran distribuidas en todo el territorio del interior que estaba ocupado.

En el clásico trabajo de Halperin Donghi (1972) "Revolución y guerra" queda claramente caracterizado este proceso. Buenos Aires pasa a ser desde principios del siglo XVIII protagonista de un progreso destinado a no detenerse que la asernea hacia finales de siglo a una ciudad de segundo orden muy distinta de la aldea original. Este crecimiento, para Halperin, "no se apoya tan solo en el ascenso económico del Litoral, ... es consecuencia de su elevación a centro principal del comercio ultramarino para el extremo sur del imperio español...".

Según Gutman y Hardoy (1992) del "Paraguay llegaban al puerto de Las Conchas (actual Tigre), a unos 30 km. al norte de Buenos Aires, yerba mate, tabaco de hoja, azúcar, miel, algodón y grandes troncos que descendían por el río formando grandes balsas. De Tucumán, plata labrada, tejidos de la región, lana de vicuña y cueros curtidos. De Chile y Cuyo, vinos, aguardiente, aceite y frutas secas".

La creación del Virreinato del Río de La Plata, con Buenos Aires como capital, que imponía una nueva presencia española en la zona para frenar el avance de potencias extranjeras, favoreció el crecimiento comercial y demográfico, dejando de ser un área marginal para pasar a integrarse al espacio colonial y cobrar importancia en las relaciones con la metrópoli.

En 1783 al comenzar a regir la Ley de Intendencias que dividía al Virreinato en ocho subregiones, en donde el poder del estado se hacía cargo de la justicia, la economía, los asuntos de guerra y la administración general, generó un

gran cambio respecto al sistema administrativo anterior. La nueva gobernación-intendencia de Buenos Aires abarcaba las actuales provincias de Buenos Aires (al norte del Río Salado) Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos. Pero antes de esta ley de intendencias, existían las alcaldías de hermandad que prolongaban la autoridad civil de Buenos Aires. Para aquel momento, las alcaldías existentes comprendían a las de Monte Grande o San Isidro, Las Conchas (Tigre), Buen Viaje (Morón) y La Matanza. Para las jurisdicciones parroquiales del sur se delimitaron las alcaldías de Magdalena, San Vicente y Quilmes. Esta antigua delimitación jurisdiccional, con transformaciones, se proyectará en el tiempo y servirá de base para la formación de los actuales partidos del área metropolitana de Buenos Aires.

Al llegar a 1795 la ciudad de Buenos Aires contaba ya con 35.000 habitantes que veían satisfechas sus necesidades, en parte con producciones de la campaña vecina.

Complementariamente, la población de Buenos Aires constituía un fundamental mercado para la producción de la campaña circundante. Además de hortalizas, frutas y alfalfa para el ganado urbano y el usado en el transporte, la ciudad consumía una importante cantidad de granos de trigo, que merecieron especial atención en los estudios de Garavaglia (1987). Así, este autor le adjudica un gran papel en el crecimiento de Buenos Aires, al contribuir al abaratamiento del costo de vida que se sumaba a los bajos precios de la carne. Con una estimación que otorga una producción de 210.000 fanegas y un consumo aproximado de unas 150.000 a 160.000 fanegas al año, ocupa la región de Buenos Aires un lugar destacado en términos de cantidad de producción y de consumo del continente Hispanoamericano ⁷.

Esta producción de la campaña bonaerense se organizaba formando anillos o círculos de producción de alimentos alrededor de la ciudad. Tal como es posible encontrarlos en muchas ciudades del pasado y actuales, estos espacios circundantes de producción guardaban una relación territorial característica. Aunque es importante resaltar, que más que respetar un diseño espacial rígido, es más útil considerar a estos círculos en un sentido económico, dado que no guardan una proporción exacta a lo largo de todo el perímetro urbano. Al definir los espacios productivos, quedará esto más claro.

El cinturón más cercano a Buenos Aires, estaba conformado por las ya mencionadas "quintas" o huertas mixtas. Desprendiéndose apenas de estas, se encontraba un segundo círculo compuesto de "chacras" cerealeras de diverso tamaño. Y un tercer cinturón, progresivamente más lejano, donde la producción de cereales se combinaba y alternaba con la cría de ganado vacuno, equino,

7. A propósito, Garavaglia menciona, por ejemplo el caso de Guadalajara que con solo un 15% menos de habitantes, consume solo 16.000 fanegas; o el de Puebla que con similar población llega a las 120.000 fanegas. En términos de producción, la diferencia también es notable, y más si tenemos en cuenta la importancia del riego en otras áreas hispanoamericanas, como el Bajío Mexicano o el Chile Central.

ovino y mulares. Aquí, podíamos encontrar además de las “chacras”, a las “estancias” que representaban los establecimientos predominantemente ganaderos y de mayor tamaño. Por fuera de este cinturón era posible encontrar zonas en donde la existencia casi exclusiva de ganadería era la impronta básica. La abundante oferta de tierras ricas y muy aptas para la cría de ganado en estos dos últimos círculos, era uno de los motivos importantes para definir el bajo precio de la carne que llegaba a Buenos Aires (cfr. Garavaglia, 1989).

Las áreas cerealeras más importantes se ubicaban al norte de la ciudad. La zona que hoy va desde el barrio de Belgrano hasta la desembocadura del arroyo de Las Conchas (hoy puerto de Tigre) hasta lo que hoy es Santos Lugares hacia el oeste era una área claramente hortícola/cerealera. Se correspondía con los pagos de Monte Grande o San Isidro, la más cercana, y Las Conchas la porción más alejada. Conformada por quintas y chacras, la habitaban más de 5.000 personas en los inicios del siglo XIX. Según Garavaglia (op. cit.) abundaban todo tipo de frutales de origen europeo, especialmente higueras, membrillos, durazneros y manzanos, además de cereales y hortalizas, “toda esta región producía entre un 30% y un 40% del total de la cosecha de cereales del área y más del 50% de las periódicas cosechas de hortalizas y frutales que alimentaban al mercado de Buenos Aires. En cifras más claras, esto quiere decir unas 60.000/80.000 fanegas castellanas de trigo, unas 8.000 de cebada, unas 2.000 de maíz, y cantidades no fáciles de evaluar cuantitativamente de alfalfa, legumbres, hortalizas y frutas”.

En cambio la producción de ganado para el mercado urbano era casi inexistente, aunque esto no implique la inexistencia de animales para el trabajo hortícola y cerealero, que por el contrario, era muy abundante según los estudios particularizados de los archivos de varios establecimientos.

La integración de sistemas hortícolas y cerealeros era algo común, aunque la heterogeneidad de alternativas productivas era alta. Los chacareros que alternaban una serie compleja y variada de cosechas no representaban a la mayoría. Pero tanto en las grandes chacras, como en aquellos pequeños productores propietarios o arrendatarios aún una mínima complementariedad resultaba útil. Respecto a estos últimos, Garavaglia (1989) sostiene que “la inmensa mayoría de los labradores eran pobrísimos arrendatarios que recibían la tierra - y en muchos casos hasta la simiente - y se comprometían a pagar con una parte de la cosecha a los propietarios. Eran los llamados “medieros” o “arrendatarios” que se ocupaban de trabajar en distintas parcelas ...”.

La pobreza de estos labradores encerraba un círculo vicioso, que determinaba que una vez levantada la cosecha, se debía abonar los impuestos, la renta, el diezmo y además devolver el dinero por las compras realizadas al fiado.

La riqueza natural de las tierras, que permitían una alta productividad generalmente impedían la generación de crisis de subsistencia, como podía ocurrir en otros sitios de Hispanoamérica. Pero, dado el bajo nivel de vida de los pequeños productores, era común que el Cabildo adelantara la simiente, pues estos no poseían ni siquiera los granos necesarios para la siembra de la próxima tem-

porada. Esta situación paradójica del labrador colonial rioplatense es expresada por Garavaglia (1989) de la siguiente manera: "... su gran pobreza en el medio de una tierra 'rica' y una abundancia relativa de alimentos. No se moría de hambre, pero - como repetidas veces lo grita a los cuatro vientos - el fruto de su trabajo no le 'rendía' y, finalmente, iba a parar a manos de los propietarios de la tierra, los mercaderes y un puñado de poderosos panaderos/tahoneros de la ciudad que monopolizaban la compra del grano para almacenarlo y venderlo en el momento oportuno".

La escasez de fuerza de trabajo, punto sobre el cual existe un amplio debate en la producción historiográfica reciente, parecería ser uno de los temas claves de la producción agraria rioplatense. El momento crucial era aquel cuando llegaba la cosecha, y el grupo familiar del campesino arrendatario debía dedicar su trabajo tanto a su propia producción como a trabajar en la cosecha del propietario del terreno. Pero para esto la mayor parte de los grandes propietarios tenían esclavos en las chacras disponibles para los trabajos rutinarios. Aunque generalmente no daban abasto en estos momentos de intensificación de las tareas para lo cual se requería del aporte extra de mano de obra para la cosecha. Un complejo sistema de migraciones golondrina estacionales, era una de las alternativas implementadas para hacer frente a esta escasez temporal.

Respecto del tercer cinturón, en donde era posible encontrar una combinación de producción cerealera con ganadería, se puede decir que se aproximaba más fielmente a la imagen tradicional de la campaña bonaerense de fines de la colonia.

Los partidos de Luján y San Antonio de Areco, de acuerdo a los valores de los diezmos, presentaban el mayor equilibrio entre producción cerealera y ganadera según Garavaglia (1987)⁸. Mientras los granos representaban un 16% de la carga decimal cada uno, el ganado rondaba entre el 18% y el 22,5% de los diezmos (del total de diezmos pagados en los seis partidos). Frente a esto, la Costa de San Isidro y Matanza concentraban el 29% y el 26% respectivamente del diezmo de granos, y solo contaban con un 8% del correspondiente a los ganados, sumados ambos partidos. En cambio, en Arrecifes y Magdalena, los granos solo aportaban un 3% y un 10% respectivamente, mientras que los diezmos de cuatropesca pagados en Arrecifes llegaban al 21%, subiendo para Magdalena hasta el 29,5%.

Carlos Mayo (1995) presenta un esquema levemente diferente, aunque en términos generales coincidente con el anterior, basándose en trabajos del García Belsunce (1988) y paradójicamente del propio Garavaglia (1989b). Divide a la campaña bonaerense en dos grandes zonas de acuerdo a la producción de trigo. Una de ellas integrada por los partidos de La Costa (San Isidro y Las Conchas), La Matanza y Luján, que en conjunto aportaban las dos terceras partes de la producción triguera. La otra región, con Arrecifes, Magdalena y Areco, en

8. Según datos de archivo de 1787.

donde la dominante ganadera era manifiesta, tanto en Arrecifes al norte como en el sur con Magdalena. De hecho, la zona norte con Arrecifes y Areco eran partidos con claro perfil de producción de ganados a mediados del siglo XVIII. Magdalena fue incrementando su producción pecuaria hacia el final de este siglo y llegó en 1820 a superar a los partidos del norte.

En el tercer cinturón de producción de granos y ganado, la explotación se realiza en base a dos tipos básicos de unidades productivas. En las estancias mixtas predomina la producción pecuaria, aunque también producían cereales. En las chacras cerealeras, de mediana extensión, se especializaban, como lo indica su nombre, en la producción de granos, aunque también contenían pequeños rebaños de vacunos, ovinos y equinos.

Las actividades más importantes del trabajo ganadero giraban alrededor de la "parición" del ganado vacuno y la "yerra" (marcar y castrar) de las vacas para identificar la propiedad de las mismas. Además se debía domar a los potros, instrumento esencial en el trabajo en el campo y esquila de las ovejas en aquellas explotaciones con ganado ovino, para su utilización en los tejidos domésticos, pues todavía no había empezado la exportación de lana.

Las tareas con el vacuno continuaban con la faena, previa cría y engorde, con el objetivo de obtener cueros y carnes que serán vendidos, o bien a los traficantes itinerantes, o bien directamente en el mercado urbano. Debido a la falta de cercos, se debía practicar periódicamente el rodeo de los animales para evitar su dispersión y pérdida.

Por otra parte, parece que era habitual la transhumancia periódica de los pequeños productores, estimulada por la oferta ilimitada de tierras nuevas para esa época, donde los únicos límites para la ocupación y utilización de los terrenos estaban dados por la disponibilidad de mano de obra y de semillas. Sumado a esto, el bajo precio de los animales, debido precisamente a la abundancia de pasturas naturales, que constituían un importante capital en la tecnología agrícola, contribuían a definir a estas áreas alejadas de Buenos Aires, como regiones de una gran importancia en la provisión de trigo para el mercado urbano.

Esta abundancia de tierras fértiles, que diferencian a la campaña bonaerense de otras regiones hispanoamericanas, establece dos consecuencias sobre el sistema agrícola, resaltadas por Garavaglia(1989:57): "Por un lado la abundancia de tierras da cierta movilidad a los labradores y les permite realizar unas rotaciones muy peculiares; esas rotaciones resguardan en cierto sentido a estas áreas trigueras de los rendimientos decrecientes que estaban amenazando a las áreas más viejas y más sobreexplotadas. Pero, por otra parte, esta movilidad e inseguridad en la ocupación estable da como consecuencia un tipo muy precario de explotación con poquísimas inversiones en construcciones, árboles o cercados en las chacras, y esto, por supuesto, por obvias razones termina atentando a la larga contra un uso más racional de la tierra".

Así, en esta frase está implícito la concepción del autor respecto a estos "campesinos", como los definiera en otro trabajo. Justamente su condición de campesinos, con las características de fragilidad social y económica, que aba-

rataban el producto junto a la abundancia del recurso natural, otorga las ventajas a la producción, que la hacen apetecible para el mercado porteño. Pero, por otro lado le otorga una inestabilidad intrínseca, que se ve reflejada tanto en las condiciones de vida precarias como las dificultades de la fuerza de trabajo resaltada por otros autores.

En cuanto al consumo urbano de los productos de la campaña bonaerense, la información en distintos estudios es aún más dispersa, salvo unos pocos trabajos específicos. Las menciones a este respecto son, en general, complementarias y tangenciales a otros temas que merecieron la atención de los investigadores.

Por supuesto que la compra de las mercancías producidas en los alrededores de Buenos Aires estaba en relación directa con todo un sistema de consumo y de comercio con procesos y sujetos característicos de la ciudad colonial. La constitución de la burguesía comercial porteña estuvo ligada desde temprano a la actuación de españoles del norte dedicados esencialmente al comercio de pequeño volumen y que le rendía altos beneficios. Hacia 1795, comienza a ingresar un volumen importante de comerciantes catalanes que intenta modificar la dinámica del intercambio, presionando para lograr una apertura del comercio anglonorteamericano, en lo que se unieron a los productores de cuero en busca de un mercado más amplio en donde colocar sus productos.

El comercio colonial español tradicional consistía en la importación de artículos suntuarios, telas y hierro, y en la exportación de plata, cueros y productos animales a España. También existía un importante intercambio comercial dentro de las colonias que vinculaban el Alto Perú, Chile, Paraguay, la Banda Oriental y las ciudades del noroeste argentino. De Paraguay se traía yerba mate, tejidos locales y lana de Cochabamba, Potosí y Córdoba; vinos, uvas y pasas de Mendoza y San Juan; miel de Corrientes y víveres varios de Santa Fe y Tucumán. Todos estos se convertían en el mercado local o se despachaban hacia el interior (Socolow, 1985). Un dato interesante que aporta esta misma autora, sin profundizar en su análisis, es relativo a las inversiones de los comerciantes porteños en otras actividades. A pesar de lo lucrativo del comercio porteño, lo que permitía acumular capital, solo unos pocos miembros de la burguesía comercial invertían en las minas de plata del norte o en las estancias de la campaña bonaerense, a pesar de que estos dos sectores proveían las principales exportaciones de la zona. La posesión de estancias en las pampas semisalvajes no otorgaba ningún prestigio social, por lo cual la inversión en tierras rurales era considerada una mala inversión. A su vez, la gran disponibilidad de tierras, colocaba sus precios en un bajo nivel y con estabilidad en el tiempo, lo que no generaba ningún beneficio desde el punto de vista de los negocios inmobiliarios.

Como se mencionó más arriba, el mercado exterior de cueros representaba un volumen muy importante del comercio. Según Carlos Mayo (1995) la exportación de cueros aumentó, de un promedio anual de 446.757 unidades entre 1779-1784 a 758.117 unidades entre 1792 y 1796. A esto se asociaba también

un alto consumo de carne en la ciudad de Buenos Aires, que llegaba hacia fines del siglo XVIII a 1,44 vacuno y 1,28 ovinos por capita. Esto estaría indicando la gran importancia del mercado urbano para la ganadería pampeana.

Considerando específicamente al mercado urbano de productos de la campaña bonaerense, se han publicado en los últimos años una serie de trabajos que aportan información complementaria en la tesitura de una producción agropecuaria importante para abastecer las necesidades de la población de la ciudad de Buenos Aires.

Otros estudios en Europa ya han demostrado la importancia del trigo y otros granos en las dietas de los residentes urbanos del siglo XVIII y especialmente de las clases populares.

Se considera que entre el 50% y el 70% de las calorías consumidas por los trabajadores y sus familias estaban compuestas por pan y productos de otros cereales. Si bien la dieta de los habitantes porteños ha sido poco estudiada, Lyman Johnson (1992) ha realizado interesantes investigaciones respecto al mercado urbano y los precios de los productos, en donde se observa a partir de las dispersas fuentes existentes una situación similar a la europea, "... hay evidencias dispersas en las fuentes que sugieren fuertemente que, también en esta ciudad, el pan era el artículo básico de la dieta de la clase popular urbana". Avalando investigaciones referentes a la producción triguera en los campos de los alrededores de Buenos Aires, se refutan las posiciones que aseguraban para los habitantes porteños una dieta fundamentalmente constituida por carne vacuna, dado la importante producción pecuaria del área. De hecho, Johnson, recalca la función del Cabildo en la regulación de los precios de este producto en el mercado, a través de la creación de un arancel anual que reajustaba el peso de una hogaza de pan manteniendo el precio en un peso, de acuerdo a las fluctuaciones del precio del trigo.

Porotos y garbanzos eran otros productos consumidos localmente y que se producían en la región, aunque al no alcanzar el volumen producido, debían ser frecuentemente importados de Brasil.

Esta situación se mantuvo hasta 1820 en que se abre el mercado de trigo a las importaciones llegadas de Estados Unidos y Chile. Hasta ese momento, Buenos Aires se comportaba como un mercado cerrado, en donde solo la producción triguera de la región podía abastecer a la ciudad. Sólo en épocas de extrema escasez, podían llegar granos de otras regiones. A partir de 1821, la situación cambia radicalmente y la importación de harinas y trigo se podía realizar libremente.

Después de las cosechas, y ante la falta de posibilidades factibles de almacenamiento, el trigo era traído en carretas hasta las dos plazas que en Buenos Aires oficiaban de mercado, la plaza Nueva o Amarita (o de San Nicolás) y la de Montserrat, en donde los tahoneros/panaderos hacían sus compras periódicas (Garavaglia, 1991). Según este mismo autor, la ciudad contaba a fines del siglo XVIII con 35 panaderías. El consumo de trigo fue aumentando a medida que la ciudad crecía. Así, si para 1721 el Cabildo suponía una necesidad de entre

15.000 y 16.000 fanegas para alimentar a los porteños; para fines de siglo, el calculo ascendía a 80.000 fanegas y hacia la década de 1810-1820 las cifras oscilaban entre 96.000 y 120.000 fanegas anuales (op. Cit.).

Esta importancia del trigo, no supone una ausencia del consumo de carne, sino por el contrario una combinación de productos de la campaña bonaerense para abastecer al mercado porteño, que también se abastecía de abundante carne llegada desde la Banda Oriental. De una u otra procedencia, la práctica de criar y engordar ganado destinado al consumo urbano era bien antigua. Las cifras relativas al abasto de vacunos al mercado porteño son elocuentes respecto a la importancia creciente de este para el consumo de carnes. De 18.000 cabezas en 1722; se pasa a 25.000-30.000 para 1748; 46.000 para 1782/92; llegando a 73.800 hacia 1822 (Garavaglia, 1994).

Por último, vale la pena mencionar algunas cifras relativas al consumo per capita de estos productos, que sitúa a Buenos Aires en un lugar alto tanto para el trigo como para la carne. Para fines del siglo XVIII, Garavaglia (1989) calculó que los porteños consumían alrededor de 1,44 vacunos y 1,28 ovinos per capita. A esto se le agregaban los cerdos, pescados y aves durante la cuaresma. Y respecto del trigo, los cálculos le dieron un valor de 2,5 fanegas de trigo por persona. Convertidos estos valores en proteínas, la cifra para vacunos asciende al importante peso de 920 gramos diarios per capita y unos 355 kg. anuales por persona (incluidos huesos y grasa). El consumo de pan era igualmente alto, llegando a unos 430 gramos diarios, lo que acumula en un año 158,7 kg., que habla de una alimentación popular buena para la ciudad.

Comentarios finales

La información volcada recientemente sobre la producción en la campaña rioplatense y el mercado y consumo urbano de mercancías concuerdan con la visión que se tiene en la actualidad en una gran cantidad de estudios sobre el florecimiento de la economía en el Buenos Aires de fines del período colonial. Junto al crecimiento de la población, explicable en base a un alto aporte migratorio, parecería indicar que la producción y las exportaciones crecieron aún más rápidamente. Pero este panorama, lejos está hoy en día de explicar al Río de La Plata como un espacio autónomo desde sus orígenes, sino que por el contrario, la economía del Litoral, estaba indisolublemente unida a las actividades de Potosí y el interior. Es decir, economías del interior fuertemente vinculadas al Alto Perú pero que encontraban salida también por los mercados del Río de La Plata, un comercio externo en crecimiento para los productos de origen ganadero de la pampa cercana que se irá distanciando en el tiempo del resto de las regiones del interior, y una producción agropecuaria importante para abastecer al mercado urbano porteño en constante crecimiento.

De esta manera, existe al día de hoy una interesante diversidad de estudios tanto para la producción rural, como para el mercado urbano de estos productos, aunque este último aún fue relativamente menos estudiado. La deuda pen-

diente es profundizar el proceso de relaciones entre ciudad-campo, tanto en sus aspectos económico-productivos, que incluyen tipo y cantidad de producción según destino, fuerza laboral en relación a su posible dinámica migratoria urbano-rural, medios y formas de transporte de la producción, correlaciones entre propiedad de la tierra rural y urbana, como en sus aspectos socio-políticos en relación a normas, legislaciones y acciones de gobierno que vinculen al abastecimiento de la ciudad con la producción de la campaña.

Estas relaciones ciudad-campo explican en buena manera las pautas de desarrollo moderno y crecimiento capitalista. La región constituida alrededor de un eje urbano conforma, en parte importante el armazón sobre el cual se articula el proceso manufacturero e industrial de la modernidad. La constitución de la región del Río de La Plata en la época colonial, está sin duda ligada al crecimiento de la ciudad de Buenos Aires, más allá que esta comenzara su despeje a partir de constituirse como centro de salida de los productos del Alto Perú. Una vez comenzado el crecimiento urbano de Buenos Aires, su funcionamiento dependió de la provisión de elementos básicos que fueron provistos en ciertos rubros claves por la producción agropecuaria de la Pampa. Así, el desarrollo de la ciudad se correlaciona con el desarrollo del campo circundante.

Bibliografía

- Álvarez, Juan: **Estudio sobre las guerras civiles argentinas**. Buenos Aires, Juan Roldán Libro Editor, 1914.
- Amaral, Samuel: "Trabajo y trabajadores rurales en Buenos Aires a fines del siglo XVIII". **Anuario IEHS**, 1987, nº 2.
- Amaral, Samuel: "Rural production and labour in Late Colonial Buenos Aires". **Journal of Latin American Studies**, 1987b, 19(2).
- Amaral, Samuel y José María Ghio: "Diezmos y producción agraria. Buenos Aires, 1750-1800". **Revista de Historia Económica**, 3, 1990.
- Ansaldi, Waldo: "Notas sobre la formación de la burguesía argentina, 1780-1880". En: Enrique Florescano (coord.): **Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina, 1700-1955**. Buenos Aires, Ed. Nueva Imagen, 1985.
- Ascasubi, Hilario: **Santos Vega o los Mellizos de la Flor. Rasgos dramáticos de la vida del gaucho en las campañas y praderas de la República Argentina (1778-1808)**. Buenos Aires, Casa Vaccaro, 1872.
- Azara, Félix de: **Viajes por la América Meridional**. Madrid, Espasa- Calpe, 1969.
- Barba, Enrique: "Notas sobre la situación económica de Buenos Aires en la década de 1820". **Trabajo y Comunicaciones**, 17, 1966.
- Berro, Mariano: **La agricultura colonial**. Montevideo, Imprenta Artística de Juan J. Dornaleche, 1914.
- Coni, Emilio: **Contribución a la historia del gaucho**. Buenos Aires, Peuser, 1935.
- Di Stefano, Roberto: **Un rincón en la campaña Rioplatense Colonial: San Pedro durante la primera mitad del siglo XVIII**. Buenos Aires, Cuadernos del Ravignani, 1, UBA.
- Fradkin, Raul. O.: "La historia agraria y los estudios de establecimientos productivos en His-

- panoamérica colonial: una mirada desde el Río de La Plata". En: Fradkin (comp.): **La historia agraria del Río de La Plata colonial. Los establecimientos productivos.** Buenos Aires, CEAL, 1993.
- Galafassi, Guido: "Ciencias sociales y medio ambiente". **Nuevo Espacio. Revista de sociología.** Buenos Aires, 1998, nº 4.
- Garavaglia, Juan Carlos: "Crecimiento económico y diferenciaciones regionales: el Río de La Plata a fines del siglo XVIII". En: **Economía, sociedad y regiones.** Buenos Aires, Ediciones de La Flor, 1987.
- Garavaglia, Juan Carlos: "Ecosistemas y tecnología agraria: elementos para una historia social de los ecosistemas agrarios rioplatenses (1700-1830)". **Desarrollo Económico**, vol. 28, nº 112, 1989.
- Garavaglia, Juan Carlos: "Producción cerealera y producción ganadera en la campaña porteña, 1700-1820". En: J. C. Garavaglia y J. Gelman: **El mundo rural rioplatense e fines de la época colonial: estudios sobre producción y mano de obra.** Buenos Aires, Biblos, 1989b.
- Garavaglia, Juan Carlos: "El pan de cada día: el mercado de trigo en Buenos Aires, 1700-1820". **Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani.** 3ª serie, nº 4, 1991.
- Garavaglia, Juan Carlos: "De la carne al cuero. Los mercados para los productos pecuarios (Buenos Aires y su campaña, 1700-1825)". **Anuario del IEHS**, nº 9, Tandil, 1994.
- García Belsunce, C.: "Diezmos y producción agrícola en Buenos Aires virreinal". **Investigaciones y Ensayos**, 38, 1988.
- Giberti, Horacio : **Historia económica de la ganadería argentina.** Buenos Aires, 1974.
- Gutman, Margarita y J. E. Hardoy: **Buenos Aires. Historia urbana del Area Metropolitana.** Ed. MAPFRE, Madrid, 1992.
- Halperin Donghi, Tulio: **Revolución y guerra: formación de una elite dirigente en la Argentina criolla.** Buenos Aires, siglo XXI, 1972.
- Halperin Donghi, Tulio: "Una Estancia en la campaña de Buenos Aires, Fontezuela, 1753-1809". En: Florescano (coord.): **Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina.** México, Siglo XXI, 1975.
- Johnson, Lyman L.: **Wages, prices and the organization of work in late colonial Buenos Aires.** (mimeo, 1982).
- Johnson, Lyman L.: "La historia de precios de Buenos Aires durante el período colonial". En: Johnson-Tandeter (comps.): **Economías coloniales. Precios y salarios en América Latina, siglo XVIII.** México - Buenos Aires, 1992.
- Levene, Ricardo: **Investigaciones acerca de la historia económica del Virreinato del Plata.** Buenos Aires, 1926.
- López, Vicente Fidel: **La revolución argentina. Su origen, sus guerras y su desarrollo político hasta 1830.** Tomo I, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo.
- Mayo, Carlos, A.: "Estancia y peonaje en la región pampeana en la segunda mitad del siglo XVIII". **Desarrollo Económico**, 1984 (92).
- Mayo, Carlos, A.: **Estancia y sociedad en la pampa: 1740-1820.** Buenos Aires, Biblos, 1995.
- Mitre, Bartolomé: **Comprobaciones históricas.** Buenos Aires, Librería La Facultad, 1916 (1882).

- Molinari, Diego Luis: **La representación de los hacendados de Mariano Moreno.** Buenos Aires, Coni, 1914.
- Montoya, A.: **Historia de los saladeros.** Buenos Aires, 1956.
- Montoya, A.: **Como evolucionó la ganadería en el Virreinato del Río de La Plata.** Buenos Aires, Plus Ultra, 1984.
- Sala de Touron, L.; Rodríguez, J. y De La Torre, N: **Evolución económica de la Banda Oriental.** Montevideo, 1968.
- Sarmiento, Domingo F. : **Facundo. Civilización y barbarie.** Buenos Aires, Eudeba, 1988 (1845).
- Socolow, Susan M.: "La burguesía comercial de Buenos Aires en el siglo XVIII". En: Enrique Florescano (coord.): **Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina, 1700-1955.** Buenos Aires, Nueva Imagen, 1985.
- Weimberg, Félix: "El drama de la agricultura colonial". **Juan Hipólito Vieytes. Antecedentes económicos de la Revolución de Mayo.** Buenos Aires, Raigal, 1956.